

Rumania, entre el holocausto y la libertad

Habría que tener la concisión de un Guicciardini, embajador de Florencia ante los Reyes Católicos, en su *Relazione di Spagna*, para poder relatar serena y sucintamente lo que ha ocurrido en Rumania durante el último medio siglo, uno de los períodos más trágicos de su historia. No creo que el modelo guicciardiniano, diplomático agudo, historiador y escritor ilustre, pueda ser seguido en esta hora tensa y dolorosa, cuando muchas esperanzas florecen sin que desgraciadamente puedan arraigar con fuerza en nuestro espíritu. Este medio siglo de sufrimientos y sacrificios sin límite de un pueblo, acaba de culminar en la masacre y el genocidio, llevados a cabo por los instrumentos de una tiranía de tipo personal e ideológico cristalizada en el poder de un clan y una casta beneficiaria de todos los bienes, recursos y esfuerzos de una nación esclavizada en el más radical sentido del término. Algo que puede sí, singularizarse, pero al mismo tiempo puede brindar la imagen definitiva de lo que puede dar de sí el comunismo al servicio de una casta implacable, en cuyas manos la ideología no es otra cosa que un instrumento absoluto de poder, una casta sin el menor apego a los sentimientos de un pueblo sometido, sin comprensión ni piedad humana. Imagen perfecta de lo que Marx mismo definía por su cuenta y con su intencionalidad «despotismo asiático». Resultado irrefrenable de la misma idea de Lenin de que lo único importante es el poder. Todo ello en un tiempo como el nuestro, del cual otro profeta, León Trotsky, decía: «En el siglo XX el poder es triste», frase recogida por Albert Camus. También fue Trotsky el que sobre el tema dijo: «Quien no ama el poder unido al crimen, no debía nacer en nuestro siglo».

Lo ocurrido ahora en Rumania no puede comprenderse sin echar la vista atrás. Esta vez la lógica de la historia, que bajo este aspecto se halla muy lejos del fin, es la lógica del crimen. Los que, como Francis Fukuyama, se ve que no han leído a Nietzsche, siguen confundiendo el fin de la cultura con el fin de la historia, se limitan a lanzar fórmulas de fácil consumo, y tan contentos. Conviene, repetimos, volver atrás en la propia historia del pueblo rumano durante los últimos cincuenta años, para entender algo de la actual culminación del drama. La figura y la acción de Ceausescu, el nuevo Nerón rumano y de la casta sangrienta formada en pocos años —prácticamente los últimos quince de los

veinticinco que ha durado su dictadura personal— alrededor de su clan familiar, no conviene que se las vea desgajadas del contexto de estos trágicos cincuenta años. Ella y su experiencia pertenecen a una fase de postestalinismo en cierto modo distanciada de la anterior, en realidad más dilatada y sin duda más sangrienta, si cabe, que la suya misma. Entre el estalinismo aplicado a sangre y fuego sobre un pueblo como el rumano, en nada permeable a la experiencia comunista, en la década de los cincuenta y parte de los sesenta, y el actual levantamiento de todo un pueblo, completamente desarmado, contra una tiranía demente y criminal, hay varias etapas que conviene analizar. Cuando Ceausescu toma el poder en Rumania, en 1965, no se trataba de un personaje desconocido o roto del pasado estalinista de feroz represión y anulación de todo núcleo de disidencia u oposición, de Rumania. Durante veinte largos años, él había sido el brazo derecho de Gheorghiu-Dej, el hombre de Stalin en Rumania. El antiguo zapatero remendón que ingresa en las escasas filas del partido comunista (nunca antes del mes de agosto de 1944 este partido había pasado de la cifra de mil miembros y unas decenas de simpatizantes) a la edad de quince años, conoce a Dej durante la guerra en un campo de concentración y se convierte en su servil seguidor personal. Durante el régimen de Dej es enviado a la escuela de cuadros de Moscú, se le encargan misiones de confianza en el control político del Ejército y como Ministro de Agricultura lleva a cabo su primer genocidio que nada puede envidiar al último, contra los campesinos opuestos a la colectivización. Las metralletas de los servicios de seguridad fueron siempre el único método de ejercicio del poder que el futuro dictador sabría emplear con éxito. Luego se encuentra al frente del mando de los cuadros del partido, puesto que lo ostentaba a la muerte, a los 64 años, por cáncer, de Dej y le permitió fácilmente, en 1965, el acceso al puesto supremo del partido y el Estado donde llegaría a empuñar materialmente según fotos de ocasiones solemnes el cetro imperial y real del poder absoluto y personal.

Hubo, con todo, un lustro durante el cual los rumanos gozaron de ciertas liberalizaciones, la cultura recupera parte de sus valores tradicionales («Mostenirea culturala» —la herencia cultural, según la terminología de la era Ceausescu), mejora el nivel de vida de las gentes. Una especie de «quinquennium Neronis» cuando el joven emperador loco se deja aconsejar por Séneca, su maestro. Este lustro en el caso de Ceausescu culmina en la primavera de Praga a la cual apoya visitando a Dubcek un día antes de que los tanques rusos invadieran Checoslovaquia. Naturalmente no piensa un solo momento en llevar la primavera de Praga a su país, pero moviliza al pueblo rumano contra una posible invasión rusa. En aquel momento ya no había tropas rusas en Rumania. Gheorghiu Dej había sido el único dirigente satélite que convenció a Khrushchef de retirarlas del territorio rumano, asegurándole la fidelidad de su país a Moscú y al Pacto de Varsovia. Durante aquel lustro las esperanzas rumanas en la apertura de un nuevo período fueron grandes. El dominio de Ceausescu parecía popular y nada despótico y todos lo aceptaban, recordando los años de terrible represión estalinista (1948-63) ordenada en toda Rumania por los agentes de Moscú y su feroz instrumento rumano de terror y de muerte, en las cárceles repletas, en el canal Danubio-Mar Negro y en sin número de campos de horror reeducativo como el de Pitesti de terrible memoria. Tanto ganó en aquellos años Ceausescu las simpatías de la población y de algunos intelectuales, que alguno, como el exiliado Mir-

cea Eliade, en una entrevista de los primeros años del setenta en la revista *Luceafarul* de Bucarest, llegó ingenuamente a pedir... «el premio Nobel de la paz para Ceausescu». Pero a partir de 1973/74 la situación vuelve a los cauces estalinistas en Rumania. El modelo fue Breznev, gradualmente superado. Al poder omnímodo del nuevo dictador que había ido apartando cualquier sombra de «troika» en compañía de antiguos dirigentes, se une el de su mujer, Elena Petrescu, que nunca había tenido cargos de relevancia, a pesar de haber sido, como su marido, vieja militante del partido, desde la adolescencia, y del clan familiar, hermanos, hijos, cuñados, que ocupan cargos importantes en el Estado y el partido. El moderado primer ministro George Maurer es excluido y las purgas de los altos cargos no puramente familiares son continuas hasta el final. No hay oposición interna, ni disensión, ni nada. Todo está controlado en forma férrea por una policía secreta personal y órganos de seguridad en gran escala, fruto de una casta decidida a aumentar cada vez más su poder exclusivo y sus beneficios materiales. Así, hasta la catástrofe y el holocausto final, cuanto todo un pueblo de desheredados está dispuesto al último sacrificio por el pan y la libertad.

Pero es preciso, repetimos, intentar en lo posible seguir el proceso y el drama rumanos desde el principio... ¿En qué fecha se puede establecer este principio? Hay, sin duda, una fecha capital, fuente objetiva de todos los desastres internos de una nación, proyectada naturalmente en la gran coyuntura internacional y sus avatares durante medio siglo. Estamos en diciembre de 1937. El rey Carol II de Hohenzollern Sigmaringen, el tercero de una dinastía que había forjado la Gran Rumania que alcanza su plena unidad de gentes y territorio de la misma lengua y la misma cultura en 1918, inicia su trayectoria que en el espacio de menos de tres años le convierte en un antecesor de Ceausescu. Aventurero, rey de opereta, traído del exilio donde lo había relegado su propio padre por unos dirigentes políticos sin visión del futuro, el rey Carol accede al trono rumano en junio de 1930. Desde el primer momento persigue aprovecharse personalmente de la lucha entre los partidos políticos, para su deterioro y pulverización. Con todo, la democracia rumana existía y se manifestaba eficazmente. En diciembre de 1937 el mandato del partido liberal encabezado por el primer ministro George Taterescu, termina. Son convocadas elecciones generales. Ante el peligro de que estas elecciones fueran «manipuladas» por el rey y el partido en el poder, el nacional liberal, tiene lugar un pacto de «vigilancia» común entre Julio Maniu, jefe del partido nacional campesino y Cornelio Codreanu, en nombre del partido «Totul pentru Tara» (Todo por la Patria-Guardia de Hierro). Ambas organizaciones obtienen la mayoría y el rey, invocando el «peligro fascista», anula los comicios, para instaurar una dictadura personal, también de estilo «parafascista», con un partido único («Frente del Renacimiento Nacional») con el rey como jefe, con uniforme y saludo romano, imitando el ejemplo de su cuñado el rey Alejandro de Yugoslavia, asesinado en 1934 en Marsella. Se abroga la Constitución democrática de 1923 y en marzo de 1938 Carol somete a plebiscito una nueva Constitución, dictatorial, suprimiendo todos los partidos políticos, plebiscito que obtiene el 99% de los votos, obligatoriamente emitidos. El rey recluta a sus colaboradores entre los tráfugas de los partidos políticos. Su instrumento principal es Armand Calinescu, del partido campesino. Maniu es recluido con domicilio obligatorio. A Codreanu se le procesa por «alta traición» y algunos meses más